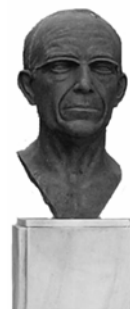




Aclaración sobre la biografía de Anselmo Pardo Alcaide



En el número anterior de la revista, el doctor Paulino Plata se despacha con unas declaraciones sorprendentes sobre la Biografía de D. Anselmo Pardo Alcaide y totalmente incomprensibles para nosotros, autores de la obra en cuestión. Aunque por derecho me corresponde –y así me lo ha brindado esta revista– no quiero entrar en el juego de la réplica personal, pues con frecuencia sólo conduce a perder el tiempo, y mucho me temo que en este caso, así sería, pues las aseveraciones del Sr. Plata están tan alejadas de la realidad objetiva que la refutación se me antoja innecesaria. Pero, no obstante, sí deseo hacer alguna que otra precisión, insistiendo en que estos párrafos no comportan una réplica en sí. El origen del entuerto es la publicación del libro “Anselmo Pardo Alcaide, una vida dedicada a la entomología”, publicado por el Gobierno de Melilla en mayo de 2005, que firmamos Manuel Baena y yo mismo. El trabajo, el intenso trabajo que ha llevado escribirlo, el largo periodo que ha durado la elaboración de la biografía de Anselmo Pardo –uno de los más grandes entomólogos que ha tenido nuestro país, mal que pese a quien le pese (y este juicio es por supuesto opinable, pero nos reservamos el derecho a tener, argumentar y expresar nuestra propia opinión)¹ –, ha sido elaborado con precisión formal y la colaboración intensa de numerosas personas². Más he aquí que D. Paulino Plata, en aparente reseña bibliográfica y especialmente a través de la carta publicada en esta sección, parece discrepar en un aspecto de aparente gran relevancia (al menos para él mismo), adjudicándose un protagonismo en la vida de Anselmo que, según se deduce de nuestras investigaciones, en ningún momento tuvo.

No ha sido fácil trazar el mapa de la existencia y la obra de Pardo Alcaide. Adentrarse como exploradores en un territorio que lo fue hace ochenta, sesenta, cuarenta años..., en una tierra lejana con alturas y profundidades inalcanzables, para cartografiar toda una vida, era un proyecto complicado. Lo abordamos con ilusión y tesón; con honradez. Reconozco que el libro se ha escrito más bien de forma narrativa que analítica –ha sido nuestra elección. Quizá la próxima edición aborde, al menos en parte, esa opción (y entonces quizá se acuse a esa programación de ejercer la taxidermia). Puede ser que nuestra condición de topógrafos se haya tenido que acomodar a una atmósfera en cierta medida sobrenatural –debido a una cierta mitificación que ha existido del personaje–, pero se ha puesto especial empeño en descubrir la verdad –eso se lo aseguro y así se ha volcado en el libro³. En definitiva: hemos intentado resolver las contradicciones de manera racional. Pensando en eso, nos apropiamos de una inmerecida sentencia de Borges en la señera página adelantada (“*Que un individuo quiera despertar en otro individuo recuerdos que no pertenecieron más que a un tercero, es una paradoja evidente. Ejecutar con despreocupación esa paradoja, es la inocente voluntad de toda biografía*”) y precisamos en la conclusión del capítulo metodológico: “*la verdad .../... es siempre esquiva; hemos intentado minimizar en lo posible esa deficiencia*”.

Muchos puntos de la personal versión que el doctor Plata tiene sobre el tema tratado no coinciden en absoluto con los datos que se han obtenido tras analizar detenidamente las declaraciones de las personas anteriormente mentadas, las cuales, al contrario, enhebran entre sí un relato coherente (al menos en un porcentaje elevado de los episodios revividos). Por otra parte, el señor Plata “apoya” y remata sus argumentos con amenazas, una forma de expresarse que define un rasgo de personalidad que, de entrada, me desagradó, pues denota un temperamento que desanima el debate dialéctico e intenta imponerse a golpe de mazo. Y llegado

este punto le hablaré directamente y le diré que me parece sorprendente la interpretación que hace de un libro en el que objetivamente no se dice nada de lo que usted entiende que dice, eso si el castellano –el idioma en el que está escrito el libro– todavía sirve para comunicarse entre los que hablamos dicha lengua, ¿de dónde se saca usted las acusaciones que dice que se vierten sobre su persona? Nadie de los que hemos consultado, incluidos algunos amigos abogados y muchos entomólogos de primera línea en el panorama científico español, lo entiende así en modo alguno ¿ve acaso usted algo que nadie es capaz de ver y, desde luego, no está escrito ahí? Más: No sé ni me importan sus relaciones, conflictos y opiniones personales sobre uno o varios de los personajes implicados, pero su furibunda carta deja caer opiniones tan gratuitas como la que vierte dudas sobre la memoria de la viuda de Anselmo, doña María Luisa Pavón Villanueva. Eso está fuera de lugar; María Luisa no sólo mantiene una lucidez, una objetividad y una buena memoria hoy día, en 2006, que ya quisiera para mí mismo o que la tuviesen muchas otras de las personas con las que habitualmente trato, sino que además ya la disfrutaba allá por 1990, cuando empezamos a elaborar el libro, colaborando con nosotros de manera activa no sólo con sus recuerdos –de por sí de un valor incommensurable para redactar la biografía de su marido⁴– sino aportando numerosas cartas y documentos, cuadernos, escritos, notas, trabajos y abundantes fotografías (más de doscientas y una colección de postales y correspondencia que superan el centenar). En esas fotografías y cartas aparecen entomólogos que compartieron su vida: Así lo hacen repetidamente Español, Cobos, Mateu, de Ferrer (estos cuatro eran, sin lugar a dudas y con mucha diferencia, quienes más veces y durante más tiempo le acompañaron en sus expediciones entomológicas y disfrutaron de su amistad), Suárez Egea, Wittmer, Taminiaux, Schaeffer, Demelt, Constantin, Morales Agacino, Longinos Navás, Ramírez, Yus, Mejías, Tinaut, su sobrino Quino, entre otros muchos... No recuerdo haber visto, entre más de doscientas fotografías, ninguna en la que aparezca usted –seguramente las habrá, pero yo no las he visto–; tampoco recuerdo cartas suyas entre la abundante correspondencia personal que pude leer –indudablemente las habrá, pero yo no las he leído⁵. Tampoco comprendo su personal versión de lo que es hacer un homenaje a la memoria de un colega, un “maestro” (¿?) o un entomólogo como Anselmo, las razones que según expone con orgullo ha hecho usted por su memoria (¿unas líneas en su libro? ¿lo cree suficiente?). Desde luego, mi visión como historiador entomológico no se aproxima ni remotamente a la suya, por eso hemos confeccionado el libro; son distintas maneras de ver las cosas: simplemente eso⁶. Por favor, relea su carta, en realidad dice mucho más de lo que aparenta. Sinceramente, no sé qué protagonismo pretende en la vida de Anselmo. Yo, señor Paulino, intento ejercer como historiador puntual; comprenderá que no me puede animar otro propósito con personajes que en principio me son ajenos y lejanos, como lo son usted mismo y Anselmo⁷, por lo que creo que los errores pueden remediarse debidamente en una segunda edición sin refutar el resto de la obra. Es imprudente pensar que palabra por palabra, párrafo tras otro, no se incurre jamás en error; en esa mitad de la discusión estamos plenamente de acuerdo Sr. Plata. No así en la otra; nuestro volumen no admite un juicio general –el que usted ha ejercido. El libro, según lo ordena el índice, consta de una docena de piezas de alineación temática o cronológica, según sea el caso. Tal como usted



Los autores con Dña. María Luisa Pavón Villanueva en Córdoba, el 25 de mayo de 2005.

lo define, nuestro libro parece una antología del error y la falsedad y eso no es así —objetivamente no es de esa manera— por lo que le ruego repase su pretenciosa e impresentable reseña y su deliberada pedantería, acometida victoriosamente párrafo tras párrafo. En esas líneas que ha escrito, su torpeza y afectación no tienen parangón; o acaso sí, con su vanidad; es menos la letra que el espíritu de su autor, menos la notación que la connotación. (Su discurso es reducible a una fórmula tan antigua que casi se puede resumir en cualquiera de sus párrafos —por ahorrar tiempo al lector; tan elemental que sutilmente la desvirtúa en el nombre: *personalismo*. Inventa un protagonista que se echa a andar por territorios ajenos y, contra viento y marea, enfrenta un sinfín de avatares hostiles, pero no se detiene ante nada. Llamar crítica a esa ficción me parece injustificado. Incluso se permite incluir algún que otro bochorno: véase en la reseña el antepenúltimo párrafo y los dos anteriores, una elegía al mal gusto. No obstante, el mayor defecto de la novela —que usted ha perpetrado en forma de reseña o crítica literaria— es la vana y fatigosa complejidad de ciertas aventuras.)

Sin embargo, dejando aparte las opiniones personales en las que nos movemos como en dos rectas paralelas: usted en una y yo en otra, hay algunos datos objetivos en los que sin duda tiene razón, y que son muy bien venidos para rectificar en la segunda edición. Se lo agradezco de veras; gracias a su interés, junto a la aportación de otros colegas que nos han ido avisando amablemente de erratas diversas, esa segunda versión se mejorará sin duda. (En nuestro descargo le diré que desconozco obra de voluminosa paginación que quede libre de imperfecciones que por otra parte se encarga usted de exagerar extraordinariamente para devaluar nuestra biografía. En fin, el tiempo pondrá a cada uno en su lugar; de eso no escapa nadie, ya sabe.) Le aseguro que se corregirán errores y agradecerá la colaboración, como merece, a quienes nos ayudan; entre ellos usted.

Por finalizar estas líneas, indicar que soy la misma persona que elaboró la reseña de su libro sobre los maláquidos macaronésicos que se publicó en el *Boletín de la SEA* número 33 (en la página 312), un artículo de opinión por el que tan vehementemente me felicité, llamó por teléfono a mi casa y escribió una carta de agradecimiento muy efusiva, y me regaló el libro dedicado. Bien es verdad que podrá usted responder que puede darse el caso de que la misma mano redacte diversos escritos con fortuna dispar —aunque reconozca que no es habitual una diferencia tan desproporcionada. Mi sistema de trabajo es el mismo en todo lo que emprendo; lógicamente unas veces se acierta más que otras, pero me baso siempre en directrices similares y sobre todo en una honesti-



Presentación del libro el 26 de mayo de 2005. Audiencia con el Presidente del Gobierno de Melilla, Juan José ImBroda.

dad que no puede poner en duda de forma tan gratuita como hace usted en ese escrito atroz e insultante. Su extraña reacción ante el libro que publicamos y le regalé en junio de 2005, me deja perplejo. Lamentablemente, sólo tengo que añadir que, si desea protagonismo, lo busque en otros lugares ajenos a mi tranquilo mundo. Un universo particular del que usted está excluido como lo está de muchas partes de un libro en el cual, incomprensiblemente para mí —desde mi faceta de historiador científico— quiere entrar a toda costa. Unos episodios donde, según se desprende de mis investigaciones, no procede en absoluto asignarle titularidad.

José Ignacio López-Colón,
Rivas-Vaciamadrid, 26 de julio de 2006,

Notas:

¹ Creo sinceramente que Paulino Plata no alcanza a comprender, ni de lejos, por lo que se desprende de la lectura de sus reproches —basta leerlos con detenimiento—, la grandeza que Pardo Alcaide alcanzó y mantiene como entomólogo, por derecho propio, en la historia de España.

² Doña María Luisa Pavón Villanueva, su viuda; el doctor Rafael Yus Ramos, catedrático de Ciencias Naturales en el I.E.S. “Reyes Católicos” de Vélez-Málaga; el profesor Juan de Ferrer Andreu, perito industrial químico residente en Algeciras; el doctor Manuel Mejías García, catedrático de Biología y Geología en el I.E.S. “Vicente Núñez” de Aguilar de la Frontera (Córdoba); el doctor Miguel Ángel Alonso Zarazaga, Científico Titular del CSIC (Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid); el doctor Luis Pardo Pavón —hijo de Anselmo—, prestigioso neurofisiólogo que ha desarrollado su carrera en el Hospital Universitario Reina Sofía de Córdoba y en la medicina privada, entre otras muchas personas que aportaron datos de menor magnitud cuantitativa pero cuya colaboración puntual (cualitativa) fue muy importante y así queda reflejada y detallada en las cuatro páginas que ocupan los agradecimientos.

³ Los corrillos y el cotilleo, las mitologías, se alimentan sobre todo de la ignorancia; nuestro trabajo ha consistido en solventar esa laguna: con ese propósito escribimos el libro; no me venga usted ahora, Sr. Plata, con regresar a lo remoto.

⁴ No tengo que demostrar la fortuna que supone para cualquier historiador contar con la ayuda de la pareja del biografiado(a)..., siempre que la persona esté lúcida, claro está, como ha sucedido con doña María Luisa. Si además se trata de una persona de gran inteligencia (¿quién dijo eso de que “detrás de un gran hombre hay siempre una gran mujer?”) y una capacidad organizativa como ella tiene, no puede uno dejar de felicitarle por ello.

⁵ Durante los quince años que hemos pasado elaborando la biografía de Anselmo Pardo Alcaide, ha declarado usted en distintas ocasiones (está escrito en cartas que mandó a Manuel Baena), que “tiene documento, carta, prueba de tal o cual cosa (que usted asegura), etc.”, y que “si quiero (queremos) puede enviárla”... En su escrito vuelve a utilizar la misma estrategia. (Todavía estoy esperando, desde la primera carta en que nos lo comunicó, que mande un solo documento. Valiente ayuda.)

⁶ Ha dispuesto usted de más de treinta y cinco años para escribir una biografía de su admirado maestro don Anselmo Pardo Alcaide.

⁷ Después de estos avatares y de los quince años pasados junto a la sombra de Pardo, mucho más lejano de uno y hermanado con el otro.